
El Arte de Vivir

Armas defensivas

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8311

Título: El Arte de Vivir

Autor: José Fernández Bremón

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 14 de julio de 2024

Fecha de modificación: 14 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Arte de Vivir

Querido Luis:

He leído con interés la descripción que me haces de ese castillo moruno, sin almenas ni puertas, con los cimientos removidos por las minas y los muros aportillados, que siembran de piedras y cascote los derrumbaderos que lo cercan.

«Felices nosotros que no tenemos que vivir rodeados de murallas y cubiertos de hierro —dices al concluir tu carta— ni sentimos la necesidad de fortificarnos y defendernos».

Tienes razón en apariencia: ya no se encierran los hombres en castillos, esos nidos humanos hoy abandonados a las lechuzas; ya no nos blindamos el cuerpo para preservarlo de la saeta y de la lanza; pero ¡ay! de aquel que no se fortifica a la moderna y no lleva una sutil y disimulada coraza debajo del chaqué.

Antiguamente se distinguía de lejos el enemigo por el polvo que levantaban sus caballos, el brillo de las armas y los colores que ostentaban sus pendones. Hoy se acerca a nosotros sin ruido y abrazándonos. Entonces el combate era la forma natural y clara de la guerra. En nuestros tiempos, todo el que reflexiona concluye por estimar al enemigo declarado, que al fin y al cabo tiene la franqueza de no disimular su antipatía, y nos advierte que no contemos con él y vivamos prevenidos. Son, por desgracia, muy pocos los que nos envían su cartel.

En la Edad Media los hombres sabían a ciencia cierta los instrumentos que usaba el enemigo para ofenderlos:

máquinas de guerra para agujerear sus muros; zanjas para perniquebrar a sus caballos; mazas de hierro para abollar la cabeza a los jinetes; picas para derribarlo del caballo y desencajar la armadura por los flancos; saetas para atravesarle un ojo cuando se alzaba la visera, y otros instrumentos entonces familiares y corrientes. Hoy el enemigo usa un bastón ligero e inofensivo, y hiere con la palabra fina y cortésmente.

Es verdad que ya no usamos troneras en las casas, ni ponemos las ventanas en el patio por temor de que el vecino nos dé los buenos días con un flechazo. Pero te aconsejo no olvides que vivimos bloqueados y en estado de guerra, para que no descuides tus defensas.

Ante todo rodea tu habitación de un foso de precauciones y recelos, y coloca en tu puerta un puente levadizo que no puedan franquear los pedigüños, los amigos falsos, los fisgones y zalameros, las busconas y toda clase de roedores de la salud, de la paz y de la hacienda. Que tu malicia te cubra con una especie de muralla, desde la cual mires el mundo por una tronera. Lo mejor sería que no tuvieras, o que nadie sepa que la tienes.

No te preocupes jamás de los ladrones: si tuviera tiempo y espacio te demostraría que esos enemigos son los que menos te roban y despojan. Un ruido los hace huir; una cerradura inglesa los detiene, y hasta la policía puede descubrirlos. Son tímidos como los ratones y los pájaros.

A los que te digan que pasaron los tiempos en que un hombre perverso dejaba su guarida, acometía a los que encontraba en su camino, los desvalijaba y volvía a su castillo cargado de despojos no los creas. En este mismo instante estoy viendo a un vecino de aspecto venerable, que vuelve de su diaria excursión a las Salesas, a los ministerios y a la Bolsa: trae en la mano un rollo de papeles, y en su alegre semblante la sonrisa delata que vuelve cargado de botín. Le conozco. Ha arruinado a alguna familia; ha envuelto

en la red de un préstamo a una persona confiada; ha hecho en Bolsa la operación cesárea a un negociante: su capital, que es trabajo acumulado por otros, es en él usura y traición amontonados. Vuelve triunfante, pero no empolvado como los antiguos salteadores de horca y cuchillo, sino limpio, correcto, seguro y confiado. Es un señor feudal.

He dicho que vivimos sitiados. Mientras duermes vela el que quiere echar carne de caballo en tu puchero, polvo de achicoria en tu taza de café, esencia de patata en tu botella de aguardiente; velan adulterando todo lo que comes los enemigos del estómago, desde el ama de cría que da de mamar a los niños leche mala, hasta el farmacéutico que equivoca la última receta. Si antes se cubrió el cuerpo de hojas metálicas, ¿no sería hoy preciso llevar armadura hasta dentro del estómago?

Te congratulas, y yo también, de que no llevemos casco. Confiesa que en otro tiempo bastaba un capacete de hierro para tener resguardada la cabeza. ¿Cuándo ha estado el hombre más en peligro de perderla y más necesitado de defensa? Todos tienen manera y ocasión de trastornarnos para convencernos de sistemas contradictorios y diversos, que nos quitan el sueño y nos confunden y marean. Confiesa que quien no adopta una precaución para la integridad de su mollera, poniéndose por casco un método de vida, concluye en una jaula.

¡Ay del que no resguarda su corazón con una coraza impenetrable, contra la debilidad de sus buenos sentimientos! Cuanto más egoísta es el hombre, más bondad te exige y mayores sacrificios. Así como en el tresillo suelen parecer grandes las entradas que hacen los otros, y pequeñas las nuestras, aunque sean solos degollados, así también, hay moralistas que tratan de convertirse en ascetas, mientras ellos se consideran sin deberes. Todos contarán con lo tuyo, contarán con tu vida y tu salud, sin estar dispuestos siquiera a oír tus quejas. De tu corazón ha de brotar un chorro de buenos sentimientos, y el suyo será una esponja seca, que

nada arroja por mucho que se exprima y todo lo absorbe con afán.

Y si esto es por lo que toca al pecho, ¿crees que pueda vivir nadie ni moverse si no tiene guardadas las espaldas?

Convengo contigo en que se desmoronaron las antiguas fortalezas por inútiles; que sólo en los museos y panoplias se conservan aquellas pesadas armaduras que libaban al cuerpo de cuchilladas y lanzazos. Pero, ¿quién, si no se fortifica y cubre cada parte de su cuerpo con una armadura moral impenetrable, dejará de ser despedazado y magullado, en esta sociedad, donde los enemigos nos abrazan y nos ahogan, nos piden y desuellan, nos desvalijan y deshonoran?

La lucha continúa como en la edad de hierro. Ármate de crueldad, malicia, escepticismo, frialdad y disimulo, que son las piezas mejor templadas contra las armas que esgrimen en tu daño. Ármate y duerme armado y ten en cuenta que sólo puedes ser centinela de ti mismo.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.